

**XIII Jornadas Interescuelas. Departamentos de Historia,
San Fernando del Valle de Catamarca**
**Mesa N° 94: Colecciones, coleccionistas y museos en la conformación
de campos disciplinares en la Argentina**
Coordinadoras: María Isabel Baldasarre, Talía Bermejo y María Élide
Blasco
**Título: “Prácticas coleccionistas y recuerdos de familia. Las
donaciones privadas en la formación del patrimonio del Museo
Histórico Nacional durante sus años fundacionales (1890-1897)”.**
Autora: Carolina Carman (FFyL, UBA - Museo Histórico Nacional)
D.N.I: 24.482.945
E-mail: carocarman@gmail.com
Autorizo publicar en CD

Introducción

Durante los años fundacionales del Museo Histórico Nacional, sus autoridades debieron enfrentar recurrentes problemas económicos y edilicios, vinculados con la falta de apoyo político y material suficiente por parte del Estado. Esta situación, que puso en evidencia la brecha existente entre los objetivos de su primer director, Adolfo P. Carranza, y las posibilidades concretas de desarrollo institucional, fue particularmente crítica durante los primeros años de historia del Museo, que coincidieron con la virulenta crisis, política y económica, de comienzos de la década de 1890.

A pesar de este panorama tan poco alentador, lo cierto es que un enfoque centrado en el proceso formativo de las colecciones del Museo permite observar un aspecto fundamental de su historia, que aún con sus matices, fue bastante exitoso. En efecto, durante la gestión de Adolfo P. Carranza las colecciones crecieron año tras año. En 1914, cuando Juan Pradere asumió la dirección debido a la muerte de su antecesor, el Museo contaba con una cantidad de objetos históricos y obras de arte bastante significativa, provenientes de instituciones públicas o legados por manos privadas.

En agosto de 1890, luego de un complejo período gestacional, el Museo Histórico de la Capital abrió sus puertas en una casa alquilada por el municipio porteño en la calle Esmeralda 848. En enero de ese mismo año un decreto firmado por el intendente de la Ciudad, Francisco Seeber, había nombrado a Adolfo Pedro Carranza director de la nueva institución. Posteriormente, en septiembre de 1891, la institución fue nacionalizada. Desde entonces se convirtió en el Museo Histórico Nacional, y pasó a depender de las autoridades del Ministerio del Interior de la Nación.

A partir de su nombramiento como director, Carranza implementó una serie de estrategias destinadas a acopiar cuantos objetos históricos y obras de arte (en particular retratos de hombres públicos del pasado), lograra obtener. Para ello apeló a la elite autoconsiderada patricia así como a conocidos coleccionistas, con el objetivo de que donaran o prestaran al Museo objetos vinculados con el pasado nacional. Asimismo solicitó a las autoridades públicas, en sucesivas oportunidades, que realizaran las gestiones necesarias para que le fueran remitidos objetos que se encontraban dispersos en diversas instituciones, tanto municipales como nacionales.

Cuando el Museo abrió sus puertas, el 30 de agosto de 1890, contaba con 191 objetos, recibidos tanto de entes públicos como de particulares¹. Este dato refleja que incluso antes de su apertura, Adolfo Pedro había iniciado las gestiones necesarias para conseguir donaciones. En 1891 el Museo ya poseía 503 objetos, en 1892 tenía 693 y en 1893 ya eran 776 las piezas que integraban sus colecciones². En enero de 1894 el Museo abrió sus puertas en la sede de la calle Santa Fe 3951 con 886 piezas, lo cual da cuenta de que en menos de un año sus colecciones habían aumentado en 110 objetos³. En los siguientes años siguieron creciendo. Entre 1895 y 1896 se sumaron 205 piezas, de modo que ya eran 1.240 los objetos atesorados por la institución, y un año más tarde, en 1897, estos alcanzaron la cifra de 1.341⁴. De acuerdo a estos datos, durante sus primeros 7 años de existencia, desde su inauguración y hasta pocos meses antes de su instalación en la sede de Parque Lezama, la institución prácticamente septuplicó sus colecciones.

En el presente trabajo nos proponemos estudiar algunos aspectos del proceso formativo de las colecciones del Museo, concentrándonos particularmente en la dinámica de las donaciones privadas, durante el período 1890-1897, es decir, desde su fundación hasta su instalación en la sede de Parque Lezama, que habría de convertirse en definitiva. Por una parte analizaremos las prácticas y estrategias implementadas por Carranza para conseguir objetos en donación. Luego indagaremos algunas cuestiones

¹ Memoria enviada por Adolfo P. Carranza a la Comisión del Censo, Buenos Aires, 4/3/1896, Archivo Histórico, Museo Histórico Nacional, Fondo Adolfo Pedro Carranza, Libro de Notas, vol. I, C. 57, C. 1, p. 336.

² Memoria enviada por Carranza al intendente de Buenos Aires, Francisco Bollini, Buenos Aires, 25/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 98; Memoria enviada por Carranza al ministro del Interior, José V. Zapata, Buenos Aires, 15/4/1892, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 143; Memoria enviada por Carranza al ministro del Interior, Wenceslao Escalante, Buenos Aires, 11/3/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 193. Bollini (fallecido en 1921) se desempeñó como intendente municipal de Buenos Aires entre junio de 1890 y octubre de 1892, en reemplazo de F. Seeber, quien renunció a su cargo con motivo del estallido de la Revolución del Parque.

³ Memoria enviada por Carranza a la Comisión del Censo, Buenos Aires, 4/3/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 340.

⁴ Memoria enviada por Carranza al ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, Buenos Aires, 30/5/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 365; Memoria enviada por Carranza al ministro del Interior, Norberto Quirno Costa, Buenos Aires, 1/3/1897, AH, MHN, FAPC, LN, vol. II, C. 58, C. 1, p. 39.

vinculadas con las donaciones provenientes de ámbitos privados, para lo cual hemos dividido a los donantes en dos grupos, los ocasionales y los coleccionistas. Denominamos “donantes ocasionales” a aquellas personas que poseían algunos objetos y documentos históricos, obtenidos generalmente por lazos familiares con hombres públicos del pasado, y que ofrecieron en donación al Museo. Por su parte, con la expresión “donantes coleccionistas” nos referimos a un grupo de actores, que aunque en muchos casos poseyeran objetos históricos en virtud de redes de parentesco, se caracterizaban por su vinculación, más o menos sistemática, con la actividad de coleccionar, tanto en forma directa como en el papel de intermediarios.

Por último, nos concentraremos en el análisis de una carta de donación de un destacado coleccionista del período. Nos referimos a Estanislao Zeballos, quien en julio de 1890 efectuó una importante donación a la institución presidida por Carranza. A través de este estudio pretendemos indagar algunas problemáticas, tales como las motivaciones del donante, la procedencia, las características y la significación otorgada a los objetos donados, los períodos históricos que estos representaban y las redes sociales vinculadas a la práctica del coleccionismo. Asimismo (al menos como un esbozo de temas que requieren una investigación más amplia), nos proponemos explorar la existencia de redes de compra, venta e intercambio de objetos históricos, la participación en éstas de actores vinculados al coleccionismo y los museos, y la importancia otorgada por los coleccionistas a la autenticidad de los objetos, que puede advertirse con claridad en el documento en cuestión.

Adolfo P. Carranza y el proceso de acopio de *reliquias*

Hemos señalado que Carranza volcó buena parte de sus energías a conseguir donaciones para el Museo. A través de cientos de cartas enviadas a hombres y mujeres pertenecientes a la elite patricia, Adolfo Pedro activó las redes sociales que le permitieron complementar el proceso de reunión de objetos, que tenía su otro pilar en las donaciones realizadas por diversas dependencias públicas. Solamente entre febrero de 1890 y junio de 1891 envió una misma circular a 334 personas, entre las cuales se encontraban miembros de la comisión fundacional del Museo, colegas de la *Revista Nacional*, coleccionistas, ancianos militares de las guerras de independencia, integrantes de la elite letrada, funcionarios estatales, políticos y empresarios, la mayor parte de los cuales eran, a su vez, descendientes

de hombres públicos del pasado⁵. Un análisis de las donaciones recibidas durante los primeros años de su gestión permite inferir que en la mayoría de los casos los donantes, si no formaban parte de redes de coleccionistas, eran hijos, nietos, bisnietos, cónyuges o sobrinos de hombres públicos del pasado cuyos objetos resguardaban, o bien compartían ambas características. De modo que los objetos ofrecidos al Museo en donación eran, en muchos casos, recuerdos de familia.

En sus cartas para solicitar donaciones, Carranza hacía referencia a la dispersión de los objetos vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de independencia y apelaba a la buena voluntad de sus destinatarios para: "... salvar del olvido o de la indiferencia cuanto pueda servir para evidenciar el heroico patriotismo con que lucharon nuestros mayores..."⁶. Consecuentemente, señalaba la trascendente función que estaba llamada a cumplir la nueva institución, al proponerse reunir en un mismo espacio físico abierto a la contemplación del público, los "trofeos y recuerdos de nuestra epopeya revolucionaria"⁷. Animado por este objetivo pero sin certezas acerca de las respuestas que recibiría por parte de sus destinatarios, Carranza aclaraba que no sólo podían enviarse objetos al Museo en calidad de donaciones, sino también como préstamos: "... tengo el honor de dirigirme a Ud. invocando la buena voluntad y las elevadas miras que le distinguen, a fin de obtener aquellas donaciones que considere de interés hacer [...] o, cuando menos, permitir por algún tiempo la exposición en las salas del 'Museo' de los objetos de su propiedad que crea conveniente facilitar"⁸.

Existían dos modalidades posibles de realizar donaciones: las donaciones propiamente dichas y los depósitos. La diferencia entre ambas es significativa y está directamente vinculada con la cuestión del entrelazamiento de ámbitos públicos y privados en la formación de las colecciones del Museo. Mientras que la donación implicaba (al menos en principio) la cesión del objeto donado, la categoría depósito hacía referencia a los objetos remitidos como préstamos y por una cantidad de tiempo, que podía o no ser determinada previamente. A su vez los depositantes podían reclamar los objetos prestados en cualquier momento.

La existencia de estas alternativas, orientada a conseguir la mayor cantidad de objetos posible para el Museo, se vincula a su vez con las condiciones puestas por diversos actores para hacer efectivas sus donaciones. Fueron varios los donantes que se mostraron dispuestos a enviar objetos al Museo pero que

⁵ Circular enviada por Carranza a diversos destinatarios entre febrero de 1890 y junio de 1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 11/13/19/20. En lo sucesivo recurriría reiteradas veces a esta misma estrategia con el objetivo de obtener donaciones para el Museo.

⁶ Circular enviada por Carranza a los miembros de la comisión fundacional del Museo y a conocidos coleccionistas, Buenos Aires, 10/2/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 9-13.

⁷ Ibid., p. 10.

⁸ Ibid.

al mismo tiempo establecieron como condición que, en caso de que éste dejase de existir, esos objetos regresaran a sus destinatarios originales. Por sólo citar un ejemplo, en diciembre de 1890 un tal M. Gradin remitió al Museo, a pedido de Carranza, “dos cuadros del coronel Muratori representativos de episodios navales del año 26 entre las escuadras Nacional y Brasileña”; pero en la carta de donación se ocupó de transmitirle a Carranza que esperaba que dichos cuadros le fuesen devueltos “... el día que por una causa u otra, se disuelva dicho Museo”⁹.

Pero no eran solamente los donantes particulares quienes establecían condiciones de esta índole, sino también algunas instituciones públicas. En septiembre de 1890, un tal M. Tallaferro informaba a Carranza que la Secretaría de la Cámara de Diputados de la Nación había resuelto entregar al Museo, en calidad de depósito, la espada y medallas del Gral. Prudencio Alvarado, donados al Congreso por Antonina V. Alvarado de Moyano en 1881. Al finalizar la misiva Tallaferro agregaba que “... es voluntad de esta H. Cámara, que los expresados objetos sean devueltos a esta Secretaría, si por cualquier causa fuera clausurado el Establecimiento que U. dirige”¹⁰.

Estos ejemplos parecen dar cuenta de la falta de confianza de algunas personas e instituciones respecto a la posibilidad de que el Museo prosperase, lo cual puede ser vinculado con la debilidad de esta institución durante sus primeros años de existencia, emblemáticamente expresada en sus dificultades económicas y edilicias¹¹. Por otra parte, no debe perderse de vista que aunque no faltaron los entusiastas que acercaron voluntariamente sus donaciones al Museo, por lo general éstas tenían su origen en demandas de Carranza, motivo por el cual es comprensible que muchos donantes hayan puesto condiciones para desprenderse de sus objetos históricos.

Cabe señalar que el director del Museo prometía reconocimiento público a quienes estuviesen dispuestos a realizar donaciones, a través de frases tales como: “... me sería satisfactorio poner en conocimiento del público que personas tan distinguidas como Ud., han cimentado por medio de donaciones generosas el establecimiento de una institución como la que he sido llamado a dirigir”¹². La apelación a miembros de las elites para conseguir donaciones funcionó por medio del desarrollo de un conjunto de estrategias que apuntaban, fundamentalmente, a persuadir a los potenciales donantes acerca

⁹ Carta de M. Gradin a Carranza, 4/12/1890, AH, MHN, FAPC, Documentos de Donaciones, tomo I, 1890, folio 55.

¹⁰ Carta de A. M. Tallaferro a Carranza, Buenos Aires, 10/9/1890, AH, MHN, FAPC, Actas de Recepción de Banderas y Objetos, tomo I, 1890, folio 47.

¹¹ He analizado estos temas en un artículo titulado “Avatares de las ‘glorias’ del país. Problemáticas económicas y edilicias del Museo Histórico Nacional en sus años fundacionales (1889-1897)”, en XII Jornadas Interescuelas de Historia, San Carlos de Bariloche, octubre de 2009, publicación en CD.

¹² Circular, Buenos Aires, 10/2/1890, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 9-13, *ibid.*

de la trascendente función social que estaban llamados a cumplir, al desprenderse de los objetos históricos que poseían para que estos engalanaran las vitrinas del Museo Histórico¹³

En este sentido, el acto de donar era presentado en el discurso de Carranza, no sólo como una acción concreta capaz de contribuir a la conformación de un acervo museístico público, sino también como una clara posibilidad de afirmación social y cultural de los potenciales donantes. En efecto, la participación de estos grupos en la formación de las colecciones del Museo era en si misma una herramienta que permitía reforzar y explicitar su pertenencia patricia. Tal como señala Laura Malosetti, al donar objetos al Museo, las familias de elite podían compartir la veneración de sus antepasados con los ciudadanos que visitaban la institución, lo cual claramente tornaba más visible su distinción social¹⁴.

Por otra parte, el prestigio de los donantes se vinculaba con el carácter adquirido por los objetos una vez que ingresaban al Museo. Incorporados a sus salones o depósitos, estos eran resignificados con el carácter de “reliquias de la nacionalidad”¹⁵, una operación que suponía casi un cambio de entidad de los objetos mismos, fundamentada en el hecho de haber pertenecido a los hombres públicos del pasado, o bien de haber sido testigos privilegiados de destacados acontecimientos históricos¹⁶. Esta suerte de mutación sufrida por los objetos en el espacio del Museo –capaz de otorgarles un aura cuasi sacra–, nos remite a la idea de Krzysztof Pomian según la cual estas instituciones funcionan como espacios de conexión entre lo visible y lo invisible, a saber, entre el mundo profano del observador y el mundo sagrado y distante con el cual aquel se vincula a través de los objetos que lo representan. Este vínculo entre ambos mundos es, siguiendo al autor, la clave donde reside el valor simbólico de las colecciones¹⁷.

Ahora bien ¿a qué episodios y a qué períodos del pasado representaban las “reliquias de la nacionalidad” reunidas en el Museo Histórico Nacional? De acuerdo al decreto fundacional, el Museo tenía por propósito “concentrar, colocar y guardar...” los objetos vinculados con “... la Revolución de

¹³ Al inicio del *Catálogo del Museo Histórico* de 1890, se pedía disculpas a todos los donantes y depositantes de objetos por no haberse podido incluir, debido a “razones de tiempo”, los nombres de todos ellos al lado de cada uno de los objetos remitidos a la institución, véase *Catálogo del Museo Histórico*, 1890, p. 1.

¹⁴ Laura Malosetti Costa, “Arte e historia. La formación de las colecciones públicas en Buenos Aires”, en *El Museo en escena. Política y cultura en América Latina*, pp. 71-91.

¹⁵ Adolfo P. Carranza, manuscrito sobre la fundación del Museo Histórico, Buenos Aires, s/f, AH, MHN, FAPC, C. 3.

¹⁶ Muchos de estos objetos-reliquias estaban directamente vinculados con la muerte de los hombres públicos del pasado, e inclusive con sus propios cuerpos. Por sólo citar algunos ejemplos, durante la gestión de Carranza fueron donados al Museo: una “caja en la que fueron traídos desde Bolivia los restos mortales del general Juan Lavalle”; “dos fragmentos del espinillo a cuya sombra murió el general Martín Güemes”; y “huesos extraídos al almirante Mariano Cordero cuando fue herido en Paysandú”, *Catálogo del Museo Histórico Nacional*, tomo I, pp. 378, 383 y 546.

¹⁷ Krzysztof Pomian, *Collectionneurs, amateurs et curieux, Paris, Venise: XVI^e-XVIII^e siècle*, Paris, Gallimard, 1987, p. 26.

Mayo y la guerra de la Independencia”¹⁸. Pero lo cierto es que muy pronto, tanto las prácticas de Carranza como la propia dinámica de las donaciones, excedieron los límites del citado decreto. Por una parte, fue el director del Museo quien contribuyó a este deslizamiento. Es cierto que sostenía con firmeza que la historia argentina había comenzado en mayo de 1810, e incluso en una ocasión se opuso públicamente a erigir un monumento conmemorativo de las Invasiones Inglesas por tratarse de episodios que, a su juicio, no formaban parte de la historia argentina¹⁹. No obstante, en sus demandas para conseguir donaciones, Adolfo Pedro no dudó en solicitar objetos del período colonial y de las Invasiones Inglesas, e incluso los reunió en una sala a la que otorgó cierto sentido de unidad²⁰. Asimismo, se ocupó de reunir objetos representativos de otras etapas del pasado, tales como el orden rosista, las guerras de frontera contra las sociedades indígenas y la Guerra del Paraguay. Muy pronto él mismo tomó conciencia de que las colecciones y exhibiciones del Museo Histórico excedían con creces los propósitos señalados en el decreto fundacional. En una Memoria enviada en junio de 1891 al intendente de la Ciudad, explicaba que ya desde el ingreso de los primeros objetos había sido necesario ampliar los criterios con respecto a las épocas que debía abarcar “... porque algunos de ellos eran de los tiempos coloniales y otros posteriores a la guerra de la Independencia”²¹.

Esta situación se debió, en gran medida, al interés de Adolfo P. Carranza por otorgar importancia política y presencia cultural a la institución que dirigía, y a su propia carrera como funcionario estatal. En este sentido, no estaba dispuesto a rechazar ninguna donación, ya que su prioridad era el crecimiento de las colecciones (en todo caso, una vez que los objetos ingresaban al Museo, decidía exponerlos o bien guardarlos en los depósitos). Aunque en algunos casos sus demandas fueron puntuales, lo cierto es su política de acopio de objetos era escasamente selectiva, motivo por el cual en las cartas enviadas a potenciales donantes utilizaba fórmulas muy generales, atento (seguramente) a que cuanto menos específico fuera, mayores serían las posibilidades de éxito de sus gestiones.

Pero en cualquier caso, no debe perderse de vista que la voluntad de Carranza no fue la única protagonista. Tal como ya había ocurrido desde la creación del Museo Público de Buenos Aires, fundado en 1823 y convertido en 1884 en el Museo Nacional, fue la propia dinámica de las donaciones la que configuró, en gran medida, la formación de las colecciones de la institución dirigida por

¹⁸ “Resoluciones patrióticas”, en *Revista Nacional*, 1/6/1889, año IV, tomo VIII, núm. 38, Buenos Aires, Imprenta Europea, p. 383.

¹⁹ Adolfo P. Carranza, “El monumento de la Reconquista”, Buenos Aires, 15/8/1899, AH, MHN, FAPC, C. 71.

²⁰ Véase *Catálogos del Museo Histórico Nacional*, años 1891, 1894, 1895, 1896 y 1897.

²¹ Carta de Carranza a Bollini, Buenos Aires, 25/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, pp. 97-98.

Carranza²². Movilizados por la insistencia de este último, por la búsqueda de prestigio social o por la intención de conmemorar a sus antepasados, entre otras razones, lo cierto es que los donantes tuvieron una participación decisiva en este proceso, en el que se imbricaron ámbitos públicos y privados y donde intervinieron múltiples voluntades.

Una donación de Estanislao Zeballos

Del conjunto de donaciones recibidas por el Museo durante sus años fundacionales, solamente unas pocas fueron realizadas por coleccionistas. Estos se caracterizaban por la posesión de colecciones privadas de cierta magnitud, de objetos, documentos y en menor medida obras de arte. Por lo general, estos coleccionistas estaban vinculados con los campos historiográfico y científico en formación, muchos se desempeñaban como intelectuales, políticos y/o funcionarios estatales, y no pocos pertenecían a familias patricias. A menudo integraban redes de intercambio y comercialización de objetos, y varios de ellos habían participado de la formación de exposiciones y museos con anterioridad a la creación del Museo Histórico²³. En algunos casos tenían también vínculos directos con esta institución, ya sea por haber participado de su proceso formativo, por haber integrado su comisión fundacional, o bien por su desempeño como colaboradores de Adolfo P. Carranza²⁴.

En el presente apartado analizaremos una carta de donación enviada a Carranza por Estanislao S. Zeballos el 9 de julio de 1890, que nos permitirá explorar algunos aspectos de la problemática del coleccionismo y los museos durante el período en cuestión. Estanislao S. Zeballos (1854-1923) era un destacado hombre público de la Argentina de fines del siglo XIX. A lo largo de su vida ocupó importantes cargos, desempeñándose como diputado y ministro en sucesivas oportunidades. Fue, además, impulsor de la Sociedad Científica Argentina (1872) y del Instituto Geográfico Argentino (1879). Como escritor produjo diversas obras científicas y literarias, vinculadas con sus actividades de exploración en la región pampa-patagonia. Zeballos fue uno de los impulsores e ideólogos de la violenta campaña militar llamada Conquista del Desierto, realizada en 1879 para lograr la expansión de la frontera al Río Negro. Asimismo, a fines de la década de 1880 se desempeñó como presidente del

²² Véase Irina Podgorny y María Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*, México, Limusa, 2008, pp. 81-87.

²³ Véase María Élica Blasco, "Comerciantes, coleccionistas e historiadores en el proceso de gestación y funcionamiento del Museo Histórico Nacional", Buenos Aires, 2008 (en prensa), pp. 1-11.

²⁴ Además de Estanislao Zeballos, participaron del proceso fundacional del Museo (con mayor o menor nivel de compromiso), otros coleccionistas tales como Andrés Lamas, José Ignacio Garmendia y José Antonio Pillado.

Consejo Escolar de Educación del XI Distrito de la Ciudad de Buenos Aires, desde donde desarrolló una serie de proyectos destinados a transformar a las escuelas en herramientas formativas de la nacionalidad argentina.

Zeballos, a su vez, formaba parte de las redes de científicos y coleccionistas vinculados a los museos de ciencias, y él mismo fue un destacado coleccionista de objetos de historia natural, antropología e historia del Río de la Plata. Antes de la creación del Museo Histórico, había colaborado con Andrés Lamas en el desarrollo de exposiciones así como en el proyecto de formación de un museo histórico, y posteriormente formó parte de la comisión fundacional del Museo presidido por Carranza²⁵. Sin embargo, casi no tuvo participación en la organización y puesta en marcha de esta institución.

El 9 de julio de 1890, Zeballos realizó una importante donación al Museo Histórico que incluía 61 objetos vinculados a diversas épocas de la historia del país²⁶. En su carta de donación explicaba a Carranza que poco tiempo antes había ofrecido estos objetos al intendente Seeber en carácter de miembro de la comisión fundacional del Museo y que los mismos habían sido adquiridos “por compra la mayor parte i el resto por ofrecimiento de mis amigos”. De este modo reconocía su participación (bastante asidua, por cierto) en las redes de compra y venta de objetos históricos, aunque seguidamente intentaba justificarla al otorgar una función moral y patriótica a su actividad como coleccionista: “El único propósito que perseguía al afrontar los gastos i molestias que ocasiona la formación i conservación de un Museo, fue conservar estos preciosos objetos, evitando su venta para colecciones extranjeras” –y agregaba: “Quedan satisfechos mis deseos desde que se presenta la oportunidad de que los reciba el país, a que pertenecen i en cuyos museos deben ser guardados i exhibidos”²⁷.

Las razones aducidas por Zeballos para formar una colección privada y donarla luego a un museo estatal expresan claramente su voluntad de trascendencia pública. En su obra acerca de los coleccionistas de arte de la Buenos Aires finisecular, María Isabel Baldassarre ha señalado la vinculación existente entre la práctica del coleccionar y la voluntad de trascendencia de los coleccionistas, asociada inclusive al cumplimiento de una suerte de “deber patriótico” para con la sociedad. La autora sostiene que para los coleccionistas era muy importante poder difuminar la relación mercantil establecida con las obras compradas y una forma muy clara de lograr este propósito era a través del cambio de estatus de las colecciones, cuando estas pasaban del mundo privado al dominio

²⁵ Blasco, *op. cit.*, p. 6.

²⁶ Carta de E. Zeballos a Carranza, Buenos Aires, 9/7/1890, AH, FAPC, MHN, Suplemento Documentos de Donaciones, 1890-1916, folio 6.

²⁷ *Ibid.* A lo largo de su vida Zeballos logró formar un “museo” privado (como él mismo solía llamarlo), compuesto por objetos naturales, antropológicos y también por algunas “reliquias” históricas, véase Podgorny y Lopes, *op. cit.* pp. 159-160.

público²⁸.

En esta dirección se entiende que varios de estos coleccionistas hayan donado sus obras u objetos de su propiedad a los museos, tal como ocurre en el caso que nos ocupa. En efecto, Zeballos se propone dejar en claro su propósito de comprar objetos históricos valiosos, para su resguardo y exhibición en un museo público. En sintonía con estas prácticas, las autoridades de los museos se ocupaban de prodigar reconocimiento social a los coleccionistas que efectuaban donaciones significativas, por medio de acciones concretas tales como el otorgamiento de sus nombres a las salas donde eran exhibidas esas donaciones. Esta práctica, señalada por Baldasarre a propósito del Museo de Bellas Artes, aparece también en el Museo Histórico Nacional²⁹. En el año 1894, luego de insistentes gestiones, Carranza obtuvo el permiso de las autoridades del Ministerio del Interior para denominar a dos salas del Museo con los nombres de las familias Trelles y Escalada, en virtud de las importantes donaciones realizadas por ellas a la institución que dirigía³⁰.

La preocupación por la mercantilización de los objetos históricos y la necesidad de que estos fueran conservados en los museos y protegidos por el Estado estuvieron también muy presentes en Carranza, quien incluso consideraba que uno de sus grandes deberes era “rescatar” del mercado los objetos históricos en venta, e incorporarlos a las colecciones de la institución a su cargo. Lo cierto es que, aún impulsado por este propósito, también él participaba de estas mismas prácticas y redes de compra y venta. Ya desde 1891 incorporó a los gastos del Museo algunos pagos vinculados con la compra de objetos históricos, aunque debido a la escasez de recursos económicos no pudo sumar un ítem de compras al presupuesto mensual de la institución, tal como era su intención. El 20 de mayo de ese año compró un retrato del coronel Melián por el precio de \$ 100³¹ y el 3 de junio escribió al intendente con el propósito de solicitarle autorización para pagar “un reloj que formó parte del mueblaje de la casa de Escalada”, cuyo valor era de \$ 140 y que acababa de adquirir para el Museo³².

Posteriormente, en una Memoria elevada al ministro del Interior, Wenceslao Escalante, el 11 de marzo de 1893, Carranza le manifestaba que el presupuesto del Museo era insuficiente y que el objetivo para el que había sido creado el establecimiento “...estaría completado si se votase una suma

²⁸ María Isabel Baldasarre, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006, cap. 3, pp. 97-100.

²⁹ *Ibid.*, p. 100.

³⁰ Carta de Carranza al ministro del Interior, Manuel Quintana, Buenos Aires, 10/11/1893, AH, FAPC, MHN, LN, vol. I, C. 57, C. 1, LN, vol. I, pp. 221-222; Carta de Carranza a Quintana, Buenos Aires, 23/2/1894, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, LN, vol. I, pp. 240-241; *Catálogos del Museo Histórico Nacional*, años 1895, 1896 y 1897.

³¹ Carta de Carranza a Bollini, Buenos Aires, 20/5/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 90.

³² Carta de Carranza a Bollini, Buenos Aires, 3/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 91.

con la cual pudiera adquirirse de los Estados Americanos todo cuanto allí existe, y que serviría a los fines para que fue creado”³³. De este modo, su proyecto de formación de un museo histórico se tornaba más ambicioso, al proponerse incorporar a sus colecciones objetos dispersos en otros países por medio de su compra. Posteriormente, en una Memoria enviada en marzo de 1896 a la Comisión del Censo, Carranza señalaba: “A pesar de nuestra corta vida como nación independiente, fue plausible la idea de crear un establecimiento en que se conservaran los trofeos gloriosos de los tiempos heroicos o de los días nefastos de la República, arrancando al olvido y a la indiferencia tantos objetos como andaban diseminados en el país, enriqueciendo las colecciones particulares o perdiéndose en el mezquino comercio de anticuarios explotadores”. Y agregaba, en un intento por destacar la singular importancia de su función: “... desde aquel día los que acaparaban, a bajo precio, como cosa despreciable, las más ricas prendas de nuestro luminoso pasado, han debido detenerse ante la justicia con que reclamaba el gobierno, en nombre de todo lo que pertenecía a la patria”³⁴.

Poco tiempo más adelante, Carranza le manifestaba al ministro del Interior, Benjamín Zorrilla, que “... la oportunidad de hacer adquisiciones se presenta en el momento menos previsto; una puja de remate o un viaje rápido al interior de la República exigen igualmente dinero en mano, pues la presentación de la nota y su despacho harían perder una operación ventajosa”. En esta misiva volvía a expresar su preocupación por la dispersión, en diversas partes del mundo, de los objetos históricos vinculados a la historia argentina: “...todavía existen piezas importantes en poder de particulares y fuera del país muchas que recoger, reclamar o comprar, que irán ingresando gradualmente, aparte de las colecciones privadas, para cuya adquisición se requiere mayores desembolsos que los que pueden hacerse con la suma votada por el Congreso, a estos fines”³⁵.

A la luz de estos documentos observamos que no solamente Zeballos, en calidad de coleccionista, sino también Carranza, como director del Museo Histórico, compartían un discurso y unas prácticas asociadas al objetivo de desmercantilización de los objetos históricos en manos privadas, y su resguardo y exhibición en museos públicos. Al mismo tiempo, aunque con fines juzgados como altruistas y patrióticos, participaban de redes de intercambio y compra y venta de este tipo de objetos. Sus intervenciones en esta dirección, así como las de otros actores vinculados al coleccionismo, los museos y los campos científico e historiográfico en formación, dejan entrever que en la Argentina de fines del siglo XIX comenzaba a aparecer la idea de que algunas colecciones de objetos y obras de arte

³³ Carta de Carranza a Escalante, Buenos Aires, 11/3/1893, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 194.

³⁴ Carta de Carranza a la Comisión del Censo, Buenos Aires, 4/3/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 333.

³⁵ Carta de Carranza a Zorrilla, Buenos Aires, 3/5/1896, AH, MHN, FAPC, LN, vol. I, C. 57, C. 1, p. 366.

debían pasar del dominio privado al público, y consecuentemente, que el Estado debía contribuir de alguna manera al logro de este propósito.

Volviendo a la colección de Zeballos, nos preguntamos cómo estaba compuesta, a qué períodos del pasado representaban los objetos donados y cómo habían sido obtenidos. Si bien se trata de una colección muy heterogénea, que incluía objetos pertenecientes a diversas etapas del pasado (tales como las Invasiones Inglesas, la Revolución de Mayo y las guerras de Independencia y el orden rosista), sobresalían los vinculados con sus actividades de exploración en las sociedades indígenas del sur del Río Negro entre 1878 y 1879, y con la Guerra del Paraguay. Durante sus viajes a la región pampapategonia, Zeballos recogió una serie de vestigios de cuerpos y objetos que habían pertenecido a los indígenas apresados y asesinados durante las campañas militares, debido a su utilidad como material de estudio científico y como materia prima para sus ejercicios literarios sobre “el país de los araucanos”³⁶.

Algunos de estos objetos fueron presentados por el donante de la siguiente manera: “Espada del cacique Calloucurá. Regalada al mismo por el Gobierno Nacional (...) i exhumada con el cadáver del cacique, por el Coronel D. Nicolás Levalle en una expedición de 1879. Regalo del mismo Coronel, hoy Ministro de Guerra i Marina”³⁷; “sable del Cacique Pincen, tomado en su toldería de las Tunas, sorprendida en 1879 por la división del Coronel Hilario Lagos. Tiene el nombre del Cacique grabado en el lomo. Regalo del Ayudante Mayor D. Rudecindo Roca”³⁸; “cráneo del Cacique General i famoso diplomático i guerrero araucano Calfucurá, exhumado en Chilihué i regalado por el Coronel Dn. N. Levalle”³⁹ y “cráneo del famoso guerrero i cacique ranquel Mariano Rozas, exhumado en Leuvucó i regalado por el Coronel D. Eduardo Racedo”⁴⁰.

Estas descripciones eran acompañadas por información acerca de las modalidades en que los objetos habían sido obtenidos, o directamente robados a los indígenas, y cómo habían llegado a sus manos. Ellas sugieren una idea de “conquista” de estos vestigios materiales y corpóreos, que en el relato de Zeballos se entronca con la presencia del ejército triunfante en la frontera, y por ende con el avance del Estado nacional sobre el “desierto”, pensados como marcas de modernidad. Esta idea permite explicar el sentido de que este tipo de objetos fueran donados, no solamente a los museos de ciencias e historia natural, donde su mayor utilidad era la de servir a los fines de su estudio científico,

³⁶ Podgorny y Lopes, *op. cit.*, pp. 172-173.

³⁷ Carta de Zeballos a Carranza, Buenos Aires, 9/7/1890, *ibid.*, objeto núm. 3.

³⁸ *Ibid.*, obj. núm. 16.

³⁹ *Ibid.*, obj. núm. 41.

⁴⁰ *Ibid.*, s/n.

sino también a un museo histórico que tenía por principal objetivo celebrar las “glorias” de la nación⁴¹.

Pero el grupo de objetos más importante de la donación de Zeballos se relaciona con la Guerra del Paraguay. En rigor, dicho conflicto tuvo una presencia muy destacada en las colecciones y exhibiciones del Museo, no solamente a través de esta colección sino también de otras donaciones, públicas y privadas. La explicación de este fenómeno reside en gran medida en la actitud celebratoria ante la participación argentina en esta guerra, sostenida por buena parte de las clases dirigentes de fin de siglo. No solamente la Guerra del Paraguay contribuyó a afianzar la presencia y la identidad del Ejército Nacional, sino que muchos miembros de las elites que habían tenido en ella una activa participación, conformaban, hacia fin de siglo, el núcleo de la dirigencia política argentina⁴². Por último, en la presencia de la Guerra en las colecciones del Museo desempeñó un papel muy importante la disponibilidad y circulación de objetos vinculados con esta contienda entre las elites de fin de siglo.

En cuanto a la colección de Zeballos, su importancia no reside solamente en la cantidad o las características de los objetos donados, sino en el hecho de que muchas de estas piezas habían sido recogidas por el propio donante en los campos de batalla de la contienda. Este es el caso de los siguientes objetos: “santo tallado en madera” y “cruz de Urundey, con incrustaciones de nácar, trabajo del siglo XVII”, ambos “recogidos de las ruinas de Humaitá por el donante en 1869”⁴³; y “sable de abordaje de la escuadra paraguaya, recogido por el donante en Humaitá⁴⁴”. Algunos años atrás Zeballos había trabajado en la elaboración de una obra sobre la Guerra que no llegó a publicarse. Por esta razón, entre 1872 y 1873 recorrió, junto al dibujante y paisajista suizo Adolf Methfessel (1836-1909), –quien elaboró diversas vistas y croquis de batallas, tropas y paisajes de la guerra– los escenarios del conflicto bélico⁴⁵. De modo que es posible que varios de estos objetos hayan sido obtenidos en este viaje exploratorio del que Zeballos, al parecer, no volvió con las manos vacías.

Asimismo, a juzgar por sus anotaciones, algunos otros objetos habían sido obtenidos por medio de compras o bien como obsequios de amigos y allegados. Nos referimos a: “Fragmento de la cadena que obstruía el paso de Humaitá durante la guerra de 1865-1868: comprada a la sucesión del Coronel de

⁴¹ Zeballos donó una importante cantidad de objetos de su colección vinculados con las sociedades indígenas de la región pampa-patagonia al Museo de La Plata, véase Podgorny y Lopes, *op. cit.*, p. 172.

⁴² Roberto Amigo, “Imágenes en guerra: la Guerra del Paraguay y las tradiciones visuales en el Río de la Plata”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloquios, 2009, [puesto en línea el 16 janvier 2009], URL: <http://nuevomundo.revues.org/index49702.html>.

⁴³ Carta de Zeballos a Carranza, *ibid*, objs. núms. 5 y 6.

⁴⁴ *Ibid.*, obj. núm. 18.

⁴⁵ Amigo, *op. cit.*, p. 5.

Marina D. Álvaro J. de Alzogaray (con documentos)⁴⁶; “tambor de infantería paraguaya, con las inscripciones del escudo nacional de la República, regalo del Coronel Garmendia”⁴⁷; “plato del servicio de mesa del vapor brasileño Marqués de Olinda, apresado por los paraguayos i echado a pique después por la escuadra imperial. Reliquia recojida en el lugar del naufragio por D. Tomás Mazzanti, coleccionista de Goya, a quien la compró el donante⁴⁸” y “rifle que perteneció a la señora Elisa Lynch, durante la Guerra del Paraguay. Regalo del Sr. Ataliva Roca”⁴⁹, entre otros. Estas descripciones brindan valiosa información, no solamente sobre la historia de los objetos donados, sino también sobre los sucesivos cambios de dueño y la participación de coleccionistas en complejas redes de compra, venta e intercambio de objetos.

Por último, nos detendremos en una serie de objetos de la donación de Zeballos particularmente significativos. Se trata de diversas partes de los cuerpos (y algunos objetos) de personajes del pasado, presentados por el donante como reliquias, y vinculados, en algunos casos, con hombres que habían sido asesinados como consecuencia de conflictos políticos. Nos referimos a: “pelo del General D. Juan Lavalle, cortado de su cadáver caliente por el General D. Juan Apóstol Martínez i envuelto en un pedazo de una carta que el Héroe escribía, en momentos en que fue sorprendido por la partida enemiga. El fragmento trae su firma. Regalo del Sr. Ventura Martínez (1878)⁵⁰”; “reliquia del Capitán General Dn. Justo José de Urquiza. Placas de sangre coagulada, recojidas por el donante en 1882, de la habitación en que fue asesinado i donde desangró su cadáver (Acta firmada por hijos, nietos i otros parientes del General, por el Sr. Mariano Unzué i el donante, todos los cuales asistieron al acto de levantar estas reliquias. El acta trae el sello de la Estancia San José que usaba el Capitán General)⁵¹”; y “reliquia (parte del cráneo, sacrum, etc. i suela del zapato) del dictador Francia, exhumadas por el Triunviro del Paraguay D. Carlos Loizaga i regaladas al Dr. D. Honorio Leguizamón, quien las cedió al donante. Expediente firmado por el donante en Abril de 1888 ante el Consulado General de la República Argentina en el Paraguay sobre la autenticidad de estas reliquias, con la declaración i firma del triunviro señor Loizaga (queda depositado en mi colección de papeles del Paraguay)”⁵².

Es interesante observar como las sendas construcciones sobre la historia de estos objetos que

⁴⁶ Carta de Zeballos a Carranza, Buenos Aires, 9/7/1890, *ibid.*, obj. núm. 2.

⁴⁷ *Ibid.*, obj. núm. 10.

⁴⁸ *Ibid.*, obj. núm. 22.

⁴⁹ *Ibid.*, obj. núm. 31.

⁵⁰ *Ibid.*, obj. núm. 27.

⁵¹ *Ibid.*, obj. núm. 30.

⁵² *Ibid.*, obj. núm. 21. No siempre la idea del objeto-reliquia estaba asociada a personajes o episodios valorados positivamente, tal como ocurre en este caso con la figura de Francia, muy cuestionada por historiografía decimonónica local y caracterizada por el donante como un dictador.

ponen en evidencia las descripciones de Zeballos, son a su vez acompañadas por supuestas pruebas de autenticidad que intentan legitimar su origen y procedencia. La presentación de documentos adjuntos a las piezas donadas aparece mencionada en varias oportunidades a lo largo del listado remitido por Zeballos al Museo Histórico Nacional, lo cual pone de manifiesto que la autenticidad era una preocupación recurrente en el ámbito del coleccionismo y los museos.

Asimismo, adjunto a la carta de donación presentada por Zeballos, hay un conjunto de cartas y notas que brindan información (en algunos casos muy escueta y en otros más abundante), sobre la procedencia y los modos de obtención de algunos de estos objetos. A juzgar por estos documentos, la indagación acerca de los sucesivos poseedores de los objetos como pruebas de autenticidad, parece haber sido un procedimiento frecuente entre los coleccionistas. Un ejemplo de ello lo encontramos en una carta enviada a Zeballos por un tal M. Bilbao, por medio de la cual le remite una casaca de Pedro Cerviño (quien fuera comandante del cuerpo de Gallegos durante las Invasiones Inglesas al Río de la Plata de 1806 y 1807), y le cuenta la historia de sus diferentes dueños, hasta que llegó a sus manos. Al final, en un elocuente pasaje, Bilbao escribe: “Esto sirve para constatar la autenticidad que tanto gusta a los amigos de inventarios y curiosidades”⁵³. Ahora bien, no todos los objetos de la donación de Zeballos eran acompañados por información de esta índole. Además, en caso de existir, estaba escasamente sistematizada y era de dispar importancia. Sin embargo, se trata de documentos significativos porque revelan que la autenticidad de los objetos históricos era una preocupación muy presente en el ámbito del coleccionismo y los museos de la Buenos Aires de fin de siglo⁵⁴.

Acerca de esta problemática, retomamos la idea de Pomian según la cual las colecciones exhibidas en museos son portadoras de un sentido trascendente. Ello nos permite comprender la importancia atribuida a la autenticidad, precisamente porque el valor de los objetos históricos reside en los vínculos con personajes o episodios destacados del pasado. En esta dirección, los certificados de autenticidad capaces de confirmar la procedencia de los objetos, se convierten en documentos clave, ya que se trata

⁵³ Carta de M. Bilbao a Zeballos, Buenos Aires, 18/3/1875, AH, FAPC, MHN, ARBO, tomo I, 1890, folio 9.

⁵⁴ Por razones de espacio, evitamos desarrollar aquí el tratamiento que las autoridades del Museo otorgaron a la cuestión de la autenticidad de los objetos. Sin embargo, no quisiéramos dejar de señalar que también Adolfo P. Carranza estaba muy atento a esta cuestión. En una carta escrita al intendente Bollini acerca de la organización administrativa del Museo, explica que en el “libro de donaciones” se registra “el número del boleto talonario en que conste la autenticidad de lo donado y la indicación de la carpeta que guarda los documentos comprobantes...”, y que cada donante o depositante “... declara bajo su firma la procedencia de lo que entrega...”. A su vez señala que para las compras se aplican las mismas condiciones que para las donaciones, es decir, “... firmando el vendedor un documento de autenticidad y recogiendo su recibo del objeto vendido”. Independientemente de la eficacia de estas medidas, su implementación refleja la importancia que Carranza otorgaba a la autenticidad de los objetos que integraban las colecciones del Museo, Carta de Carranza a Bollini, Buenos Aires, 25/6/1891, AH, MHN, FAPC, LN, tomo I, C. 57, C. 1., p. 100.

de objetos irremplazables en sus funciones simbólicas⁵⁵.

La singularidad otorgada a los objetos del pasado y a sus propias funciones sociales como coleccionista, permiten comprender la inserción de Zeballos en redes de compra, venta e intercambio de colecciones, su participación directa en la recolección de objetos, su preocupación recurrente por la autenticidad de los mismos y finalmente, su acción como donante de un importante acervo al Museo Histórico Nacional, en clave altruista y patriótica.

Conclusiones

A lo largo del presente trabajo hemos visto que las donaciones privadas tuvieron un papel protagónico en la configuración de las colecciones del Museo Histórico Nacional durante sus años fundacionales. Asimismo, el estudio de las prácticas de Carranza y las respuestas de los donantes nos ha permitido observar que la obtención de prestigio y reconocimiento social fueron aspectos fundamentales de la práctica de las donaciones. En esta dirección analizamos el carácter otorgado a los objetos históricos como reliquias del pasado, así como la recurrente preocupación, entre donantes, coleccionistas y autoridades del Museo, por su autenticidad.

Por otra parte, hemos indagado la existencia de redes de compra, venta e intercambio de objetos y la participación en ellas de coleccionistas, como es el caso de Estanislao Zeballos y del propio Adolfo P. Carranza, como director del Museo Histórico. Este fenómeno, a su vez, nos ha permitido observar como comenzaba a cobrar cuerpo en la Buenos Aires de fin de siglo (al menos en forma incipiente), la idea de que ciertos objetos históricos que se encontraban dispersos en manos privadas debían ser resguardados en museos públicos, y que para ello se requería de algún tipo de participación estatal.

A modo de cierre, quisiéramos señalar que si bien la voluntad de Adolfo P. Carranza fue decisiva para el desarrollo del Museo Histórico Nacional, la formación de sus colecciones fue un proceso colectivo, que imbricó diversos actores y espacios. En este proceso, las donaciones privadas –tanto las que estaban formadas por recuerdos de familia como las realizadas por coleccionistas–, tuvieron una participación fundamental. A pesar de los recurrentes problemas atravesados por esta institución durante sus años fundacionales, lo cierto es que el acopio de objetos fue un proceso bastante exitoso que se vislumbra en el crecimiento, año tras año, de sus colecciones.

⁵⁵ Pomian, *op. cit.*, p. 33.

BIBLIOGRAFÍA

Amigo, Roberto, “Imágenes en guerra: la Guerra del Paraguay y las tradiciones visuales en el Río de la Plata”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloquios, 2009, versión digital [nuevomundo.revues.org/index49702.html].

Baldasarre, María Isabel, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Bezerra de Meneses, Ulpiano, “Do teatro da memoria ao laboratório da História: a exposição museológica e o conhecimento histórico”, en *Anais do Museu Paulista*, São Paulo, N. Ser. v. 2, jan/dez. 1994, pp. 15-20.

Blasco, María Élica “Comerciantes, coleccionistas e historiadores en el proceso de gestación y funcionamiento del Museo Histórico Nacional”, Buenos Aires, 2008 (en prensa).

Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.

Buchbinder, Pablo, “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, núm. 13, 1^{er} semestre de 1996, pp. 59-82.

Cattaruzza, Alejandro, “Por una historia de la historia”, en *Políticas de la historia*, Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 185-217.

Eujanian, Alejandro, “El surgimiento de la crítica”, en *Políticas de la Historia*, Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 17-43.

Chastel, André; “La notion de patrimoine”, en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (dir.), vol. 1: “La république; la nation”, Quarto Gallimard, Gallimard, Manecourt, 2004, pp. 1433-1469.

Pérez Gollán, José Antonio, “Mr. Ward en Buenos Aires. Los museos y el proyecto de nación a fines del siglo XIX”, en *Ciencia Hoy*, vol. 5, num. 28, 1999, pp. 52-58.

Malosetti Costa, Laura, “Arte e historia. La formación de las colecciones públicas en Buenos Aires”, en *El Museo en escena. Política y cultura en América Latina*, parte I: “El pasado. La apropiación de la historia como fuente de disputa”, pp. 71-91.

Podgorny, Irina y Lopes, María Margaret, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*, México, Limusa, 2008.

Pomian, Krzysztof, *Collectionneurs, amateurs et curieux, Paris, Venise: XVI^e-XVIII^e siècle*, Paris, Gallimard, 1987.